





# LAS CADERAS DE SOFÍA



Wilson A. Correa

# LAS CADERAS DE SOFÍA



Primera edición: septiembre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Wilson A. Correa

ISBN: 978-84-19899-56-9

ISBN digital: 978-84-19899-57-6

Depósito legal: M-27605-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres, Juan Correa Genes, Erlina María Martínez Murillo;  
Mi esposa, Erika Gómez Díaz y mis hijos, Will y Keisy.*





*Homenaje a:  
A mis abuelos Florencio, Josefa, Carlos y Simona.*



## PRÓLOGO

En *Las caderas de Sofía*, novela corta del joven escritor cordobés Wilson Correa Martínez, se aborda uno de los temas más difíciles de tratar en la literatura de estos tiempos: el sentimiento amoroso y pasional en la juventud. Difícil por el riesgo de caer en un lugar común, en una temática que podría parecer trillada en la literatura de todas las épocas, sobre todo en estos tiempos en los que los escritores denominados posmodernos promocionan de manera obsesiva las visiones de mundo pesimistas, escépticas, derrotistas, trágicas o apocalípticas. La historia que estructura la novela de Wilson Correa se ubica en Genjos, imaginaria aldea geográficamente localizada en el Sinú, subregión del Caribe colombiano. Una pareja de jóvenes (Sofía y Florencio) son los protagonistas.

En esta novela, la descripción y narración de encuentros inesperados, miradas furtivas, coqueteos y desafíos sentimentales en espacios públicos, instantes de timidez por parte de Florencio y de obediencia ciega de Sofía hacia su abuela y padres, chismes, desplazamientos de los protagonistas a centros urbanos como Lórica, Monte-

ría, Cartagena, Bogotá, desde las primeras páginas, ubican al lector en el lugar donde afloran los sentimientos y emociones. El narrador, empleando un estilo directo y apoyándose en el diálogo de los personajes, de trecho en trecho nos sorprende con giros que le cambian el rumbo a la historia y el destino a los protagonistas del relato novelístico; nos mostrará a los personajes padeciendo momentos de dudas, frustraciones, dolores, decepciones, pero acompañados siempre de la esperanza, que se manifiesta en la perseverancia por alcanzar la meta y el objeto deseado, tanto en lo académico como en el terreno de los sentimientos pasionales.

Con esta corta e intrigante novela, que confirma las calidades de creador literario de su autor, Wilson Correa Martínez nos invita a penetrar en los misterios más recónditos de nuestros sentimientos, temores y atrevimientos en aras de lograr nuestros sueños de felicidad y realización personal.

*Las caderas de Sofía* es un texto literario que culmina con un final sorprendente y abierto, lo cual significa que deja en la boca del lector la última palabra acerca del desenlace de la conmovedora historia que estructura la novela de este joven escritor cordobés. Amables lectores, no pierdan la oportunidad de disfrutar la lectura de esta apasionante novela.

JOSÉ H. PALOMO ZURIQUE  
Lorica, 26 de junio de 2015

*Como Sofía fue dotada con grandes atributos,  
enloquecía a cualquier hombre que la conocía:  
los hacía palpar de pies a cabeza,  
sintiéndose traspasados por una emoción  
en lo más hondo de sus vientres.  
Se imaginaban revolcándose con ella en la cama,  
simulando el zarandeo del fandango.*



# I

Entonces es verdad lo que se dice de Amado: aunque Florencio salió tres horas antes que él de la ciudad de Lorica, este llegó primero al pueblo de Genjos. La gente comenta que Amado reza la oración del perro, la cual lo teletransporta de un lugar a otro en cuestión de minutos. Ese día es Sábado de Gloria y habrá una fiesta en el pueblo.

Al pasar por la plazoleta donde se llevaría a cabo la caseta, Florencio observa que Francisca y su hija Mary barren el lugar con mucho afán, mientras que su esposo David cerca el lugar con madera.

—¡Oh, David! ¿Anoche cómo que estuviste peleando gallo con tu *mujé*? —comenta Alcides al verlo con unos algodones en los oídos.

David sonríe con cierta picardía. A las cuatro de la tarde llega el picó El Que Crítica Sufre de los Hermanos Ramos proveniente de la vereda El Limón. Media hora después, se escuchan diferentes canciones.

La cantina y los dieciocho músicos de la banda de viento Nuestra Señora del Rosario del corregimiento de

La Doctrina llegan a las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde. Los músicos visten con camisas blancas de manga larga, pantalones negros, abarcas tres *puntás*, y la dirige el maestro Francisco Díaz.

Francisco se baja del carro y camina presuroso hacia una cerca donde se encuentra una ceiba roja. Abre un poco sus piernas, baja la corredera de su pantalón, saca el pájaro que lleva enjaulado y descarga la vejiga que estaba a punto de reventarse. Finaliza la faena efectuando un suspiro varonil y dando tres golpecitos al pajarito.

—Ajá y ¡qué esperan pa *calentá* el ambiente! —dice David, dueño de la fiesta.

Apagan el picó y ameniza la banda de viento. En ese momento, las nubes se mueven de un lugar a otro oscureciendo la tarde.

—¡Carajo, parece que la lluvia va a *dañá* la fiesta, ese nubarrón de que cae, cae! —dice el viejo Rafa.

Francisca hace una cruz de ceniza en el suelo, luego les pide a sus dos hijas, Mary y Chola, que la salten, pues, según la sabiduría popular, no llueve si dos mujeres señoritas brincan una cruz de ceniza. Ya antes, a las mismas niñas, como parte de otra tradición, junto con otras jóvenes, Francisca les había solicitado orinar para recoger sus orines y, sin que nadie se percatara, los esparció en las esquinas de la cantina y en la puerta de la caseta, para que la fiesta estuviese concurrida.

Entrada la noche, desfilan de los caseríos circunvecinos: El Limón, La Flores, La Buena, El Salto, La Burra, San Anterito, El Brillante, El Lazo, El Manguito, Cande-



laria Abajo y Candelaria Arriba, las personas que vienen para la fiesta. Las nubes se disipan.

Florencio, parado en la terraza de la casa, espera el paso de Sofía. Viste camisa blanca con mangas largas recogidas hasta los codos, pantalón blanco de seda, cinturón y zapatos cafés, y, en su mano izquierda, tiene un sombrero *vueltaio*. Sofía, la mujer que le quita el sueño, no se demora en pasar por el lugar acompañada por sus padres, su hermano Miguel y su abuela Pastora.

Florencio tiene dieciocho años, es de piel oscura, cabello ensortijado y negro, contextura delgada, estatura mediana, ojos negros, e hijo de uno de los fundadores del pueblo de Genjos. Esa noche, se ilusiona con la idea de poder bailar y hablar con Sofía, aunque reconoce que no va a ser fácil lograrlo, pues siempre está vigilada por su abuela Pastora, quien no permite que los hombres la cortejen.

Diagonal a donde está Florencio, José Hilario, un anciano acaudalado, también la ve pasar. Fuma tabaco sentado en una mecedora en la terraza de su casa. Su belleza le recuerda los tiempos en los cuales podía comprar a todas las señoritas que deseaba, y sufre por no poder disfrutar de la potranca más hermosa que han visto sus ojos. Jamás en su vida había contemplado a una mujer con unas posaderas tan prominentes que, al verla caminar, le produjera taquicardia.

Sofía tiene dieciséis años, es de cara redonda, cabello largo y liso, ojos color miel, nariz fileña, labios delgados, pechos pronunciados, cadera exuberante y piel cobriza.

Lleva una blusa blanca de manga corta encrespada, falda larga de florecitas en todos los colores, zapatillas negras de cuero, una rosa roja en su cabellera y los labios pintados con labial rojo.

José Hilario también ve pasar a Carmencita. La repara con mucha curiosidad. Quién diría que algunos años atrás esta vivió innumerables noches de insomnios donde los murmullos de los transeúntes nocturnos hicieron parte de sus desvelos cotidianos. Una lámpara humeaba permanentemente en su casa, mientras los perros aullaban. Ya hacía varios años que Carmencita se había curado de un mal que no la dejaba conciliar el sueño. A sus veinte primaveras y cuando apenas empezaba a florecer, una extraña enfermedad apareció en su vida. A menudo le dieron punzadas en el pecho, calor, calambres, hormigueos y dolor en las extremidades inferiores cuando intentó dormir, lo que le provocó la necesidad urgente de mover las piernas para aliviar la crisis.

En ese tiempo, visitó a médicos de las ciudades de Loricá, Montería y hasta Cartagena de Indias, y nadie dio con la cura. En el pueblo se llegó comentar que le habían echado brujería por ser tan bella. También visitó a cuanto hierbatero encontró en la región, y nada que la aliviara. En últimas, un médico colombiano radicado en el exterior le diagnosticó el síndrome de piernas inquietas producido por problemas en un riñón. Sus ojos negros profundos se encontraban apagados, así como su presencia desgarrada. Ni asomo de la joven vigorosa, esbelta, dulce y apasionada que era. En su cuarto reposaba una

foto del santo José Gregorio Hernández, al cual diariamente le encendía una vela esperando que le hiciera el milagro de curarla.

Ya siendo casi media noche, la claridad que originaba la luna penetró por las ranuras de las tablas hasta pegarle en el rostro. Se escuchó a un gallo cantar. Cuando estaba por conciliar el sueño, algo que concebía por ratos cortos, oyó una voz tenue que la invitó a cerrar los ojos. La curiosidad la invadió. Un hombre bigotudo entró a su habitación. Vestía con pantalón y saco de paño color azul, un sombrero en la cabeza y la corbata ajustada en la camisa blanca que llevaba por dentro. Desconcertada, cerró los ojos fuertemente. A los segundos, percibió unas manos tocándole el vientre y todo su cuerpo. Sintió ver estrellas en el firmamento. Media hora después, durmió plácidamente.

A las diez de la mañana del día siguiente, Carmencita no se había levantado, eso fue algo muy extraño en ella, pues siempre se despertaba a las cinco de la mañana a barrer el patio de su casa. Estebana, su madre, se asomó a la habitación y la observó dormir plácidamente, algo que no veía desde hacía más de cinco años. Se acercó para cubrirla con una sábana. Quedó estupefacta mientras las lágrimas rodaban por su rostro.

—¡Milagro, milagro, milagro! —gritó enloquecida.

Sus hijos corrieron hacia el cuarto.

Estebana sujetó entre sus manos la sábana blanca con que se arrojaba Carmencita. Se encontraba manchada de sangre. A pesar del alboroto, la bella durmiente no se despertó.

Carmencita se levantó a las tres de la tarde. Para entonces, ya su casa era toda una romería. Juró que había visto al santo José Gregorio Hernández. Que este le pidió cerrar los ojos y hasta sintió cuando la estaba operando. A partir de ese día, aquella vivienda fue frecuentada por cualquier cantidad de extraños.

Dos meses después, empezaron a ocurrir cosas extrañas en el pueblo de Genjos. Llovió en pleno verano. Hubo un eclipse en el medio día, el cual originó que las gallinas se montaran en los árboles. Carmencita presentó cansancio, náuseas sin vómitos, salivación excesiva, acidez estomacal, antojos de alimentos; orinó con mucha frecuencia, y exteriorizó aumento de volumen y tensión mamaria.

—¡Hijos míos, vecinos, vengan todos, ha ocurrido un nuevo milagro con mi hija Carmencita! —vociferó Estebana trastornada—. Gracias, Señor, gracias por escoger a mi hija para traer nuevamente al iluminado, al hijo del Espíritu Santo —continuó diciendo.

En toda la región se escuchó decir que Carmencita era una santa y que el mismo Dios la había escogido para traer nuevamente al mundo a su hijo amado. También se llegó a especular que el Vaticano había mandado a un obispo de la Santa Sede, acompañado por un médico y un psiquiatra, a determinar la veracidad de la historia. Igualmente se dijo que el galeno confirmó el embarazo de Carmencita mientras que el psiquiatra dictaminó que la mujer no estaba loca, que decía la verdad cuando afirmaba que ningún hombre la había tocado. A partir de ese

momento, se hizo más intenso el peregrinaje al pueblo de Genjos. Llegó gente de todo el país a visitar a la santa y hasta se señaló la posible visita del pontífice.

Día y noche se escucharon cánticos eclesiásticos acompañados de infinidad de velas encendidas. Los peregrinos armaron sus carpas en los potreros aledaños al pueblo. Los cánticos eran ensordecedores acercándose la media noche.

Uno de esos días, repentinamente, se escuchó un grito:

—¡Cállense, cállense, cállense, que no dejan *dormí*, carajo! —expresó Rodrigo, un vecino de la santa—. Cuál santa ni que na, esa vieja no es ninguna santa. *La enfermedad* que tenía era una arrechera y yo se la quité. Yo convencí a Estebana para que dejara la puerta de atrás abierta a José Gregorio Hernández; así lo hizo y me aproveché de esa situación disfrazándome del santo e hice que Carmencita fuera mía, solo mía, y ahora va a parir un hijo mío. —Rodrigo levantó aún más su voz—. Así que lamento decepcionarlos, pero en el pueblo de Genjos no hay ninguna santa, dejen la tontería de *creé* en esas vainas.

Se produjo un silencio prolongado, todos quedaron estupefactos con lo que habían escuchado. Estebana se enloqueció y su hija Carmencita se desmayó.

A los minutos, las velas se apagaron una a una y las carpas las desarmaron. Al amanecer, se observó el basurero en el que quedó convertido el pueblo de Genjos.

José Hilario sonrío.

—¡Qué vainas las que ocurren en este pueblo! —expresa entre añoranza.

Florencio llega a la fiesta y, de inmediato, busca con la mirada la ubicación de Sofía. La sitúa a su izquierda en una mesa rodeada por sus familiares. Esperaba verla sentada en las bancas para señoritas. Aguarda con paciencia. Al cabo de un rato y cuando la fiesta está muy concurrida, José Manuel, *el Chamo*, como lo llaman cariñosamente, un hombre bajito, guapachón, atrevido y gran bailarín, se acerca a la mesa de Sofía.

—Señora Pastora, ¿tiene la amabilidad de *dejá bailar* a su nieta Sofía conmigo? —dice José Manuel, haciendo una venia con la cabeza y colocando ambas manos en su vientre.

Pastora lo mira de reojo de abajo hacia arriba.

—Mi nieta no bailará con hombres mujeriegos y que no estén a su altura. *Usté* se cree todo un picaflor que a todas las muchachas galantea —responde Pastora.

—Yo soy un hombre *trabajadó* y solo deseo divertirme un rato, —dice José Manuel.

—Mi nieta no bailará con *usté* y punto —sentencia Pastora.

José Manuel se retira del lugar movido por la cólera. Esa noche, varios pretendientes de Sofía intentan sacarla a bailar, pero nadie lo logra, pues su abuela Pastora no lo permite.

Otras abuelas se aseguran de que sus nietas pidan gaseosas y galletas a aquellos hombres que desean bailar con ellas. Entre hombres se piden «el barato»; es decir, cuando uno de ellos está bailando con su pareja, otro espera su turno parado al lado de los bailarines, con lo que evita que alguien se le adelante.

Con desilusión, Florencio mira que Sofía sigue sentada al lado de su abuela. En un instante, recuerda los dos años que le llevó aprender a bailar. Su hermana Rogelia, una de las mejores bailarinas del pueblo de Genjos, le enseñó los movimientos del porro, de la cumbia y del vallenato.

—¡Son tan amables y detienen la música un momento, pues deseo *comunicá* algo muy importante! —señala un joven llamado Eustaquio.

Se sitúa en la mitad de la caseta. Viste camisa guayabera, pantalón de seda, medias de lana y los zapatos negros ilustrados. Fija la mirada para las bancas de las señoritas y, con un tono de voz fuerte, expresa:

*Más que tu amigo, deseo sé el dueño de la mirada de tus ojos  
miel;*

*más que tu amigo, deseo sé el amo de tus pensamientos, el amo  
de tu corazón;*

*una oportunidad y seré el hombre más fiel  
que puedas encontrá en toda la humanidad;*

*que explota, está mi corazón  
cuando tus caderas por las calles ven mové;*

*jamás pensé*

*que en mi pecho pudiera existí tanta felicidad;*

*tú y solo tú, Romana,*

*has lograo dale vida a mí sé;*

*creí que el amor a mí se negaba,*

*pues estuve buscando todo este tiempo*

*y no llegabas;*

*cuando la esperanza perdía,*

*Dios te puso en mi camino,  
no te voy a perdé.*

*Y tú que tienes que, con tu presencia,  
me haces estremecé;  
y tú que tienes que, cuando me hablas,  
la calma me haces perdé.*

*Más que tu amigo, deseo besar tus labios exóticos;  
más que tu amigo, deseo respirá el aire que suspiras;  
sé que tienes novio,  
pero más que yo jamás te podrá queré;  
te pido que vayas donde un oráculo,  
seguro que mi amor te recomendará;  
dame una oportunidad,  
no quiero perderte.  
¡Oh, Dios!, eres testigo del amor  
que prodigo a esa muchacha;  
sabes que de mi mente  
ni un instante la puedo sacá;  
daría hasta lo que no tengo  
solo por verla a mi lao,  
tendré que luchá como león enjaulado  
para ganarme su corazón;  
pues en el mundo no hay na imposible,  
que un hombre valiente no pueda superá.*

Romana, prima hermana de Sofía enmudece, sostiene la respiración por varios segundos y se queda paralizada. Jamás pensó que alguien se atreviera a declarársele de esa manera delante de tanta gente. Aurelio, padre de Roma-



na, toma una botella de licor que tiene en la mesa y se toma un trago. Mira a Eustaquio y nuevamente se toma otro trago. Se levanta de la silla y se dirige hacia él. Los espectadores, boquiabiertos, esperan una pelea.

—Jamás en mi vida había visto a un hombre con tanto cojón —dice Aurelio, dándole un fuerte apretón de manos a Eustaquio. Le ofrece un trago de ron y luego lo invita a tomar a su mesa.

Florencio quiere hacer lo mismo, pero su valentía no llega tan lejos.

Se anuncia la intervención de la banda de viento Nuestra Señora del Rosario. Las mujeres llevan una vela encendida en su mano derecha y los hombres un sombrero *vueltaio*. Hacen un círculo sobre la banda que ameniza con el porro María Varilla. Se escuchan los guapirreos de los hombres emocionados. Florencio, ensimismado, ve la silueta de los bailarines. En una fracción de segundo, determina con satisfacción que, entre la muchedumbre, Sofía y su hermano Miguel bailan el fandango. Mueve las caderas, dejando inmóvil las otras partes de su cuerpo, agarrando la punta de la falda con su mano izquierda y, en la mano derecha, un paquete de velas enrollado en un pañuelo. Agita la falda con mucha elegancia, llevando como acorde la música de las trompetas, el clarinete y el bombardino.

Sofía y Miguel danzan de una manera seductora imitando el galanteo de los pavos, quienes abren las alas en busca de conquistar a su pareja. Sofía rehúye sacándole el cuerpo; luego coloca las velas en la cara de Miguel, como

si lo quisiera quemar. Este guapirrea. Entonces, Sofía se viene de frente y su hermano, en son de desprecio y de manera petulante, se acomoda su sombrero *vueltaio*. Se miran fijamente. Él adorna entre gestos seductores la cabeza de ella con el sombrero. Sofía hace uso de su belleza y responde positivamente coqueteándolo.

Pastora se entretiene viendo la silueta de su nieta Sofía. Cuánto tiempo había pasado desde que ella fue la atracción de las fiestas; en aquella época en que era una adolescente vigorosa. Ensimismada, rememora sus años mozos. Con nostalgia, recuerda los bailes de bullarengue, de porros, de cumbias y de mapalé, en los que desplegó todas sus habilidades y destrezas al ritmo de los tambores y los pitos cabeza de cera africanos. Considera que fue una privilegiada para ese baile. Sus movimientos de caderas y cintura eran rápidos o, a veces, lentos y sensuales, manteniendo los brazos medio extendidos hacia arriba y a los lados del tronco, los pies ligeramente separados. Su parejo agitaba los brazos aleteando, mientras que alternaba el paso con el pie derecho y movía la pierna izquierda con el pie ligeramente despegado del piso, al tiempo que realizaba movimientos rápidos y fuertes con su cuerpo. Se vestía con una blusa ceñida de color vivo y con arandela en los hombros, falda corta que resaltaba el movimiento, zapatos planos, y portaba flores en la cabeza o, a veces, turbantes sencillos. Su parejo usaba un pantalón que llegaba a la altura de la rodilla, en ocasiones adornado con flequillos o arandelas en la boca de la pierna, bayetilla roja y no utilizaba camisa. El baile de mapalé siempre la

cautivó, pues para ella representaba el encuentro erótico entre el hombre y la mujer.

La protuberancia de las nalgas y los movimientos de caderas de Sofía, para Pastora, eran de herencia africana. Su madre, en una conversación que mantuvo con ella, le contó sobre un motín realizado en un barco negrero que naufragó cerca de las costas urabeñas. La rebelión fue liderada por uno de sus ancestros africanos. Varios de ellos lograron escaparse y se convirtieron en cimarrones. Cuando extrañaron la compañía de una mujer, asaltaron a varios asentamientos aborígenes pertenecientes a los zenúes; raptaron a varias de sus señoras. Por sus venas y las de su nieta corría sangre africana y aborígen.

Rogelia, a unos cuantos pasos de Pastora, sentada al lado de su padre Lucío, advierte que su hermano Florencio ensimismado ve el baile de fandango. Se levanta del banquillo y lo invita a disfrutar del porro El Binde. Quiere que todas las muchachas presentes en las fiestas sepan que su hermano Florencio sabe bailar.

Las señoritas miran bailar a Florencio con mucha curiosidad; lo hace muy bien. Durante el baile, Florencio pasa por el lado de Sofía, quien lo mira con una sonrisa pícaro; es lo más cerca que puede estar de ella bajo la mirada implacable de su abuela Pastora.

A las afueras de la caseta, se aprecian los primeros borrachos. Gritan, guapirrean y dicen obscenidades montados en sus caballos briosos. Las vendedoras de fritos protegen sus fritangas de los osados borrachos.

Bonifacio, un especialista en la práctica de ingerir licor gratis, se acerca a diferentes mesas. Cuando lo ven aproximarse, esconden la botella de alcohol y esperan hasta que se vaya para repartir el trago.

Cae la madrugada y, con ella, una brisa que trae las primeras gotas de lluvia. La noche es bastante oscura. Los relámpagos alumbran el camino de los burros y caballos, que, a paso rápido, tratan de llegar antes de que les caiga el agua. A lo lejos se pierde el sonido melodioso de la banda de viento, pero se escuchan contentos con la lluvia a los grillos, sapos y ranas.

En la carretera destapada, Rafael y Máximo, borrachos y con una botella de licor en la mano, dan dos pasos para delante y uno para atrás. Van abrazados y trastabillando. A su vez, Beatriz, Eloísa y las hermanas Teodora y Cándida llevan sus zapatos agarrados con la mano derecha y, en la izquierda, su falda larga recogida.

Florencio guarda la esperanza de bailar en otra ocasión con su amada Sofía; tal vez en diciembre, para las fiestas de fin de año. Tendrá que esperar varios meses.

A las siete de la mañana, las calles del pueblo se encuentran solas. El cielo todavía nublado hace que parezca de madrugada. Los cerdos gruñen desesperados por su comida. Acercándose las ocho, se levantan las primeras personas con legañas en los ojos.

—Crucecita, la hija de don Filadelfo se fue con el hijo de Pedro, —dice Zonia—. ¡Véanla! Parecía que no cogía una mosca y resulta que las mataba a montones.

—También se fue Caridad con Amado —señala Carlota.

—Eso todo el mundo lo sabía —expresa Zonia—. Amado, en la primera *oportunidad* que le dieran, se la iba a *llevar*; es más, dicen las malas lenguas que ya Amado la había desportillado.

Caridad es una joven risueña, de ojos negros y grandes, labios carnudos, nariz gruesa y senos prominentes. Al cumplir sus quince años, se entretenía pensando en su príncipe azul. Lo imaginaba alto, delgado, ojos azules, con muy buena presencia. Lo buscaba entre los jóvenes que conocía, pero nunca quedó satisfecha; algo les hacía falta. Luego buscó entre los señores. Se detenía a observarlos minuciosamente de pies a cabeza. Miraba sus rostros, pero tampoco la conducían a nada. Llegó a pensar que su príncipe azul no era de este mundo, aunque luego recapacitaba y se convencía de que el hombre de su vida no iba a ser de su elección, pues su padre elegiría por ella.

Una noche, mientras escuchaba el sonido de las gotas de agua, se quedó dormida plácidamente, algo que no ocurría desde hacía mucho tiempo, desde que empezó a fantasear con su príncipe azul. En la madrugada, se despertó sobresaltada por el sueño que había tenido. Soñó que Amado la hacía suya, y ella gozaba con el acontecimiento. Sintió haber mojado la pantaleta. A los días siguientes, no dejó de pensar en el sueño. Caminaba de un lado para el otro buscando encontrarse con Amado. Quería verlo una y otra vez. Fueron las noches más perversas de toda su vida. Su amor por él la llevó a escaparse

de la fiesta sin importar lo que tenía decidido para ella su padre.

A media mañana, pasan Pedro y su padre para la casa de don Filadelfo a devolver a Crucecita, porque la encontró desportillada. Tremendo escándalo se forma en el pueblo de Genjos con esta noticia. Muchos especulan sobre quién fue el primer dueño de tan reservada muchacha. Se rumorea que don Filadelfo vendió la virginidad de su hija al viejo José Hilario.

Clemencia, esposa de Filadelfo, siempre había soñado con guindar a la vista de todos la sábana blanca manchada de sangre como símbolo de pureza de la primera noche de matrimonio de su hija Crucecita; es decir, para demostrar que había llegado señorita a su boda, pero ya esto no será posible debido al infortunio de su muchacha.

Esa mañana, por la carretera, no hay carro que pueda transitar. El aguacero que cayó en la noche dañó la vía.

—Vea usted, ¿quién dijo que la mazamorra da mojón? —expresa el Carvajalino, marido de Zonia, al no encontrar en la mesa pasteles de cerdo y de pavo, como es costumbre para esta fecha.

—Ajá y ¿de qué te quejas? Anoche te mamaste en ron la plata que te ganaste con la venta del ñame —expresa su esposa Zonia.

Al medio día, el sol brillante comienza a secar la carretera. A las tres de la tarde, los músicos de la banda de viento Nuestra Señora del Carmen viajan para su lugar de origen en un vehículo llamado la zumbona, propiedad del cachaco Justo.

Los campesinos esperan impacientes la llegada de las primeras lluvias. Los que trabajan en la agricultura dan comienzo al macaneo, a la pica, al desmonte, a la quema, que habitualmente realizan el día de San José, es decir el 19 de marzo, para luego iniciar con la siembra de los cultivos de maíz, yuca, ñame, frijón, ajonjolí, arroz y plátano. Los que se dedican a la ganadería trasladan las vacas de la ciénaga grande a sus parcelas. Tienen como costumbre trasladar en el verano las reses para la ciénaga grande y, con la llegada del invierno, las llevan a sus propiedades en la montaña. Con la llegada de las lluvias, que va de abril a octubre, quedan atrás los suestes veraneros que levantan los techos de las viviendas y llegan las lluvias huracanadas que hacen igual estrago; aunque, para estas, hombres y mujeres están preparados para espantarlas con la oración de San Bartolomé.

*San Bartolomé se levantó;  
cuando el gallo cantó,  
a Jesucristo encontró;  
pies y manos le besó.  
Jesucristo preguntó:  
«¿Dónde va, Bartolomé?».  
«Señor, con usted me iré,  
a los cielos subiré, a los ángeles veré».  
«Vuélvete, Bartolomé, a tu casa  
y tu mesón, que yo te daré mi don,  
en casa que sea penetrada  
no caerán piedras ni rayos,  
ni morirán niños de espanto,*

*ni mujer de partos,  
ni hombre sin confesión.  
El que sabe esta oración  
y la reza constantemente  
verá a la Virgen María  
a la hora de su muerte;  
quien la sabe y no la reza,  
quien la oye y no la aprende,  
el día del gran juicio  
sabrà lo que esta oración contiene.*